BIRA (Boldetti, pág. 373), nos facilita un ejemplo.

NAVIS (NAVE).— En los monumentos más antiguos, la Iglesia está siempre representada por un bajel, por una *nave*; los Apóstoles son pescadores, pilotos, que conducen este gran navío, este *arca*, fuera de la cual no hay salvación. Este es, sin duda, uno de los motivos que inspiraron á los primeros cristianos un gusto tan marcado por los emblemas marítimos (véanse los artículos *Navío.—Faro.—Ancla.—Pez*, etc.).

Esta idea se encuentra desarrollada en todas sus fases en el siguiente pasaje de las *Constituciones apostólicas* (II, 57), que presenta un cuadro animado y de los más interesantes de las asambleas de la primitiva Iglesia: «Obispo, cuando reunas la asamblea de los servidores de Dios, vela, *patrón de este gran navío*, porque la decencia y el orden se observen en ellas. Los diáconos, como tales marineros, concederán las plazas á los *pasajeros*, que son los fieles..... Ante todo, el edificio será largo en forma de *bajel*, y vuelto hacia el Oriente, teniendo á cada lado, en la misma dirección, un departamento contiguo, *pastophorium* (véase el artículo *Pastophoria*). En el centro se sentará el obispo, teniendo á uno y otro lado las sillas de sus sacerdotes. Los diáconos, de pie, vestidos de modo que puedan trasladarse á donde sea necesario, harán el oficio de los *marineros que maniobran á los costados del buque*. Cuidarán de que, en el resto de la asamblea, los laicos observen el orden prescrito, y que las mujeres, separadas de los demás fieles, guarden silencio. En el centro, el lector, desde un sitio elevado (el ambón), leerá los libros de la antigua ley, y después de su lectura empezará otro el canto de los salmos, que será continuado por el pueblo. Después se recitarán los Actos de los Apóstoles y las Epístolas de San Pablo. Después de lo cual, un diácono ó un sacerdote leerá el Evangelio, que todos, clero y pueblo, escucharán de pie en silencio. En seguida los sacerdotes, unos después de otros, y, por último, el obispo, *piloto del navío*, exhortarán al pueblo; á la entrada, al lado de los hombres, los porteros; al lado de las mujeres, las diaconisas representando *al encargado del equipaje que arregla los negocios con los pasajeros.*»

Durando (*De ritib. eccl.*, l. I, c. 5) resume de este modo la doctrina de la antigüedad en esta materia: «Sabemos que estamos puestos en este mundo como en un mar, que está habitualmente agitado y turbado por la violencia de los vientos, y que no puede atravesarse con seguridad sino en el bajel de la Iglesia.»

NECROLOGÍAS.—I. Cuando el uso de los dípticos de los difuntos empezó á desaparecer (véase nuestro artículo *Dípticos*), fueron reemplazados poco á poco por las necrologías, ó *registro de defunciones*, que se llamaron también *libros de los muertos* y *libros aniversarios* (véase Du Cange, ad voc. *Necrologium*), y algunas veces también *libros de vida*. Se inscribían en ellos, en las iglesias catedrales, colegiales, abadiales, monásticas, los nombres de los difuntos, obispos, canónigos, abades, hermanos, amigos, bienhechores y todas las personas agregadas (Le Brunt. *Dissert.*, XV, part. 2, art. 3, § 13), y también, si hemos de creer á Salig (*Dipt.*, c. XIX), el de los estranjeros.

Que estos libros tuvieron su origen en los dípticos, lo afirman, entre otros, Bona (l. II, c. 14, n. 2) y Mabillon (*Annal. ord. S. Benedict.*, t. III, an. 859). Este último dice formalmente que los obituarios fueron introducidos entre los monjes desde el principio de la orden de San Benito, es decir, desde los comienzos del siglo VI; también afirma haber visto ejemplares que datan de la primera época. Pero respecto al siglo VII abundan los testimonios. En efecto, leemos en los *Anales benedictinos* del mismo Padre (t. III, *loc. laud.*), que una matrona llamada Teodelaina, en el año 43 del reinado de Clotario, rey de Francia, es decir, en 630 poco más ó menos, pidió que su nombre fuese inscrito en el *libro de la vida*, en consideración á los donativos que había hecho al monasterio de San Dionisio; y al mismo tiempo está formulada una demanda exactamente igual en el testamento de Bercramme, obispo de Mans. Inglaterra adoptó también, en el mismo siglo, el uso de los obituarios. Beda refiere, en efecto (*Hist. Anglic.*, l, IV, c. 14), que el día de la deposición de Oswaldo, rey de Northumbria, muerto el 5 de Agosto de 642, estaba inscrito en el *libro de los difuntos*, que él llamaba también *anal* ó aniversario. Nos abstenemos de citar los documentos del siglo VIII y de los siguientes; son innumerables, no sólo para Francia é Inglaterra, sino también para otros países; pero nuestra tarea no va tan lejos.

II. Mabillon, en el pasaje ya citado, da curiosos detalles sobre los medios expeditivos que empleaban los monjes para hacer inscribir sus muertos en los obituarios de los monasterios con los que se habían asociado. Inmediatamente después de la muerte del abad ó de algún monje más notable, se expedía un correo con un rollo, *rotulus* (el correo se llamaba por esta razón *rotuliger*), ó una carta encíclica á todos los monasterios ó iglesias de la misma asociación, para dar aviso de esta muerte al abad, ó al preboste ó decano del lugar. Esta carta llevaba además los nombres de aquellos que habían muerto después de la expedición anterior. En cada monasterio por donde pasaba este correo, se inscribía en una cédula, con los nombres de las personas cuya muerte venía á anunciar, el día de su llegada, á fin de que él

pudiese justificar su fidelidad en cumplir su misión. Por último, en cada uno de los monasterios asociados, se inscribían estos nombres en el obituario, con la fecha exacta de la muerte. Algunas veces se trazaban en estas pólizas ó cédulas versos lúgubres relativos á la muerte de las personas más distinguidas.

III. La necrología se leía á prima, después del martirologio (Bona., *loc. cit.*), y entre los monjes, después de la lectura de la regla (Mabill., *loc. cit.*). Pero no se recitaban en alta voz más que los nombres de aquellos cuyo aniversario figuraba en cada día; si en el número de ellos se encontraba alguno que hubiera hecho donativos ú obsequios á las iglesias ó monasterios, se distinguía ordinariamente á estas personas cantándoles el salmo *De profundis* con la oración fúnebre.

IV. Encontramos en Martene (*De antiq. monach. ritib.*, l. I, c. 5, n. 22) detalles más precisos en el orden seguido para la lectura de los nombres de los difuntos en las necrologías de los monasterios. Primero se proclamaba el nombre de los abades, si el día en que se daba lectura á la necrología era el aniversario de su muerte, después el de los monjes y de los extranjeros que habían hecho algún beneficio al monasterio de modo tal que merecieran ver su nombre admitido en el obituario. Entre los abades y los monjes y los demás, había algunas diferencias: la muerte de los primeros era anotada con las palabras siguientes: DEPOSITIO DOMINI *N. abbatis;* la muerte de los segundos con la sola palabra *obiit*. El orden de su inscripción obedecía á los grados ó dignidades que habían tenido durante la vida. En primer término venían los abades, y los monjes después; en seguida los prebostes, á continuación los chantres, y sucesivamente los sacristanes; después los obispos, los sacerdotes, los emperadores, los reyes, las reinas y por último los soldados. En los obituarios de los monjes se inscribían también los *Santos;* así leemos en el de San Germán de los Prados, el 1.° de Enero: *Depositio Domini Odilonis abbatis*. Se encuentran otros ejemplos de esta costumbre en Heften (*Disquisit. Monast.*— Cf. Donati. *Ditt.*, pág. 74). Agreguemos que, para mayor comodidad del lector, se reunían frecuentemente en un solo libro el martirologio, la regla y el obituario. Cuando se recitaban los nombres de los bienhechores, los monjes tenían costumbre, no sólo de recordar la entidad de los beneficios de que les eran deudores los monasterios, sino también indicar las oraciones que debían decirse por ellos; nos ha quedado una fórmula de este género en el obituario de San Germán de los Prados, ya citado. En algunos monasterios no se hacía sino una mención general de los bienhechores, con estas palabras: *Commemoratio omnium fratrum et familiarum defunctorum ordinis nostri*; el que dirigía el capítulo respondía: *Requiescant in pace*, y todos, *Amén* (véase nuestro artículo *Monjes*). Debemos terminar ya estas nociones, que nos apartan algo de la antigüedad propiamente dicha, pero que hemos debido agregar aquí como complemento de lo que habíamos dicho sobre los dípticos.

NEGACIÓN DE SAN PEDRO (Predicción de la).—Esta humillante particularidad de la vida del Príncipe de los Apóstoles se halla representada en cierto número de sarcófagos de Italia (Bottari, tav. XX, XXI, XXIII y *alibi*). Es más rara en los monumentos de la Galia. Solamente dos ejemplos nos son conocidos: uno lo facilita una tumba de Marsella, la tumba dicha de San Crisanto y de Santa Daría (Millin. *Midi de la France*, pl. LVIII, n. 4), el otro por un monumento de la misma clase, procedente de Balaruc, en el Ardèche, y perteneciente hoy al museo lapidario de Lión (véase nuestra *Explication d'un sarcophage chrétien du musée lapidaire de Lyon*. Mâcon, 1864).

Trazando á sus ojos esta escena, los primeros cristianos se proponían, sobre todo, precaverse contra la presunción, siempre funesta en las pruebas en que juega la fe. y por otra parte, estimularse en la confianza de la misericordia divina, que inspira por sí misma el arrepentimiento para ponerse en la necesidad de conceder el perdón.

Se observa ordinariamente que Nuestro Señor no tiene dispuesta la mano como para la bendición ó para la simple alocución, sino que extiende hacia San Pedro su mano vuelta, de la que únicamente se separan tres dedos, como para expresar las tres negaciones.

San Pedro lleva el índice de la mano derecha á sus labios, gesto negativo que parece protestar de que no saldrá de su boca ninguna palabra contraria á la fidelidad que debe á su maestro: «Aun cuando me precisara morir con vos, yo no os negaré nunca,» *etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo* (Matth., XXVI, 35). Este gesto fué siempre admitido en la antigüedad como expresando el silencio (Ovid. *Metam.*, IX, vers. 691.—S. Agustin. *De civit. Dei*, l. XVIII, 5.— Marciano Capella, l. I, *versus fin.*) Las figuras de Harpócrates que el arte antiguo nos ha transmitido, están todas en esta actitud (Cf. Bott., t. II, pág. 2). También se cita una medalla del museo Strozzi, en la que Mercurio está representado imponiendo silencio con el dedo aproximado á los labios (idem, ibídem, página 64).

El tipo que acabamos de describir es vulgar, se le puede ver en todas partes, y especialmente en una escultura de sarcófago del cementerio del Vaticano (Bosio. *Rom. sott.*, pág. 87), en la que San Pedro se halla enfrente de la criada, que se llama Ballita (Cf. Tillemont. *Mém.* S. Pierre, artí. 3).

Reproducimos aquí un monumento que se

separa de dicho tipo. Es un fresco del cementerio de Ciriaco, recientemente descubierto (véase De'Rossi. *Bullett. Archeol.* 1863, octobr.), y esta es la primera vez, á nuestro juicio, que se encuentra la negación de San Pedro representada en pintura. Aquí San Pedro no lleva su dedo á sus labios, sino que retrocede espantado á la vista del rostro de su maestro

lleno de enérgica severidad, y de aquellos tres dedos levantados con la intención manifiesta de pintar á sus ojos su triple infidelidad.

En la mayor parte de los casos, el gallo esta á los pies de San Pedro, que á su vez está muy cerca de Nuestro Señor. Lo mismo sucede en los dos sarcófagos de la Provenza citados más arriba. Otras veces (Bottari, tav. XXXIV), el gallo está colocado en la parte superior de una columna elegantemente estriada y llena de junquillos, como la del grabado anterior. El fresco del cementerio de Ciriaco, en donde todo es excepcional, lo presenta en una especie de zócalo. El Salvador lo señala con el dedo al Apóstol, quien, al otro lado de la columna, protesta de su fidelidad con el signo ordinario.

Prudencio ha descrito esta escena (*Cathemerin. hymn.*, I, vers. 49) en los versos siguientes:

Quæ vis sit hujus alitis
Salvator ostendit Petro:
Ter antequam gallus canat
Sese negandum prædicat.

«Cuál es la virtud de este ave.—El Salvador la muestra á Pedro:—Tres veces antes que el gallo cante,--Predice que lo negará.»

(Véase el artículo *Gallo*.)

En otro tiempo se veía delante de la basílica de San Juan de Letrán un gallo de bronce sobre una columna de pórfido, y se cree (Rasponi. *De basilic. Lateran.*, lib. I, c. 14) que era para los sucesores de Pedro un aviso para precaverse contra los decaimientos de la debilidad humana.

NEÓFITO.—I. Esta palabra, derivada del griego νεόφυτος, significa, propiamente hablando, «nuevamente plantado». En el estilo de la Iglesia primitiva, designaba á los recién bautizados, porque estaban plantados hacía poco tiempo, ó injertados en Jesucristo, en su viña, que es la Iglesia; tal es la explicación dada por San Cirilo de Jerusalén (I, *Catech. in princip.*). Cuando se opone al título de *fiel*, la palabra neófito equivale á *catecúmeno* (véase al final del artículo). San Zenón, en su sexto sermón á los *neófitos* (*In Biblioth. PP.*, t. XIV, página 396), los llama *tripondes homines*, es decir, encargados del *peso*, ó de la práctica de las tres virtudes teologales. San Agustín y otros Padres los nombran *niños*, atendiendo á su reciente nacimiento á la gracia; y en esto no hacían más que inspirarse en el lenguaje del mismo San Pedro, que en su primera epístola (cap. II, vers. 2) dice: «Como niños recién nacidos, deseáis ardientemente la leche espiritual y pura, que os hará crecer para la salvación», *sicut modo geniti infantes, rationabile, sine dolo lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem.* También adoptó la Iglesia estas mismas palabras para el introito de la misa del domingo llamado *in albis depositis*, porque los recién bautizados dejaban ese día la túnica blanca que habían llevado durante los ocho días siguientes á su bautismo.

Como se había introducido el uso, ó mejor el abuso de esperar, para recibir el bautismo, á una edad avanzada, y de ordinario también á una enfermedad grave, se dió á estos neófitos tardíos el nombre de *clinici*, «acostados» (S. Cyprian. *Epist.* LXXVI. *Ad Magn.*). Pero bien pronto la severidad de los concilios se levantó contra tales desórdenes; el de Neocesárea declaró irregulares á los que se entregaban á ellos, y el sexto de París, confirmando esta sentencia, sustituyó el nombre de *clinici* por el de *grabbatarii*. También vemos que esta práctica excitó la reprobación de los Padres, y en particular la de San Gregorio Nacianceno (*Orat.*, XL), la de San Crisóstomo (*Homil.* XXIII. *In act. apost.*), etc.

Como quiera que sea, la abusiva costumbre de demorar el bautismo hasta la muerte, nos

explica por qué ha llegado hasta nosotros un número tan considerable de epitafios de neófitos de todas las edades. Así tenemos el de Constancio, niño de ocho años, tres meses y seis días (Oderici. *Syll.*, pág. 266); el de Romano, muerto á la edad de nueve años y quince días (Passionei, pág. 124, 82); el de Fortunato, neófito de treinta y seis años (Lupi. *Dissert.*, t. I, pág. 132); el de Perpetuo, de treinta años (Oderici, ibíd., pág. 32). De'Rossi (I, pág. 109) reproduce esta inscripción con más exactitud; el de Inocencio, de veintitres años (Vignoli. *Vet. inscr. rel.*, página 333 *in sched.* Greppo). Todo el mundo conoce la famosa tumba de Junio Baso, y su epitafio, que dice que murió neófito á la edad de cuarenta y dos años, en 359 (Bosio, página 45.—Bottari, tav. XV). Corsini (*Dissert.*, II, *post Not. Græc.*) trae el *titulus* de una neófita de cincuenta y cinco años, llamada Stratónica.

El título de virgen se halla algunas veces, en los mármoles, unido al de neófito, como, por ejemplo, en el de VLPIA FAVSTINA que se ha encontrado en el cementerio de Mustiola, en Chiusi, y cuyo conocimiento debemos al abate Cavedoni (*Cimit. Chiusin.*, pág. 43): VLPIAE. FAVSTINAE. VIRGINI. NEOFYTAE (*sic*). Tal es también el epitafio de una cristiana llamada PRINCIPIA, calificada VERGO (*sic*) ET NEOFETA (*sic*), descubierto en Milán hace pocos años (véase *Amico cattol.*, t. III, página 136). En Boldetti (pág. 807), Bosio página 433), Maffei (*Mus. Veron.*, pág. 180, n. 3), M. Perret (pl. VI, XVI, LIII), etc., se encontrarán otros *tituli* de neófitos. Debe observarse que la mayor parte de estas inscripciones son del siglo IV. Un epitafio publicado por Cardinali (201, CXXXIV) ofrece una interesantísima particularidad: tal es la de que el nombre del neófito está coronado por el pez, símbolo del recién bautizado (véase el artículo *Pez*, II). También se nota un nuevo ejemplo de las alteraciones que el cincel de los marmolistas hacia sufrir á la ortografía de la palabra *neophytus:* MARCIANVS. ENONFITVS.

El hecho de la recepción del bautismo *in extremis* se halla también comprobado por cierto número de inscripciones que atestiguan que un cristiano fué sorprendido por la muerte cuando todavía se hallaba revestido de la túnica blanca, *in albis*. Así, un mármol de Colonia (Le Blant, I, 476) dice que un niño de tres años llamado Valentiniano, IN ALBIS CVM PACE RECESSIT. Fabretti (cap. VIII, n. LXX) publica otra inscripción donde se dice de un neófito, que, en la octava de Pascua, depuso sus albas sobre su tumba (Visconti. *De rit. bapt.*, página 701). El mismo autor ha reunido algunas otras con cierto número de pasajes de Gregorio de Tours en los cuales se mencionan muertes ocurridas durante la semana *in albis* (véase el artículo *Albas bautismales*).

Algunos autores, entre otros Vettori (*Num. œr. explic.*, c. XVII), creen que las fórmulas *accepit, percepit, consecutus est*, que indudablemente expresan la recepción del bautismo, confirman además que se recibió en edad avanzada.

II. La antigüedad cristiana aplicaba también el calificativo de neófito á los que eran promovidos al episcopado ó á los demás órdenes sagrados sin haber sufrido la prueba de los grados inferiores de la clericatura: *Non neophytum*, dice San Pablo (1 *Tim.*, III), *ne in superbiam elatus, incidat in judicium diaboli*, «no neófito, por temor de que, elevándose por el orgullo, no incurra en la misma condenación que Satanás.» Por esta razón fué llamado Focio neófito en el cuarto concilio de Constantinopla (can. IV), y su elección fué declarada nula.

Los Padres han considerado el águila como el símbolo de los neófitos, que, por el bautismo, son rejuvenecidos é iniciados en una vida nueva, y como el águila, en la opinión de los antiguos, volvían periódicamente á la juventud.

El título de neófito es opuesto algunas veces al de *fiel*, que designa siempre al cristiano bautizado, y entonces se entiende del catecumenado. En Oderico se lee (*Syll.*, pág. 268) el epitafio de dos hermanos, de los cuales, murió uno antes del bautismo, NEOFITVS, y el otro bautizado, FIDELIS (véase el artículo *Fidelis*).

NIMBO.—I. El nimbo ó diadema es en la iconografía cristiana el atributo de la santidad. Es una especie de círculo ó de disco luminoso que rodea la cabeza, como un reflejo de la gloria celeste (Honor. Augustod., l. I, c. 133). Los paganos se los ponían á sus dioses, y también á ciertas personificaciones de ciudades y de ríos, como puede verse en curiosas miniaturas de la Biblioteca Nacional, publicadas por M. Chanot en la *Gazette archéologique* de MM. de Witte y F. Lenormant (2.° año, 2.° cuaderno, pl. 11 y pág. 34). Se atribuye su origen á los Egipcios, de los cuales pasó á los Griegos y á los Romanos (véase Buonarruoti. *Vetri*, pág. 60). Algo más tarde se adornó con él, por adulación, la cabeza de los emperadores. Así lo lleva Trajano en el bajo relieve del arco de Constantino, y Antonino el Piadoso en el reverso de una de sus medallas (Oisel, pl. 67.—Cf. Buon., ibíd.). *Servius* (*In lib.* III. *Æneid.* V, 590) lo define así: *Proprie nimbus est, qui deorum et imperatorum capita quasi nebula clara ambire fingitur.*

Este uso se hizo todavía más frecuente, hasta el punto de que los artistas cristianos, no considerándolo ya como un atributo exclusivo de las falsas divinidades, sino como un simple adorno, continuaron poniéndolo á las imágenes de los príncipes, á las personificaciones de las ciudades, de las provincias, de las virtudes, cuando ya colocaban el nimbo en la cabeza del

Salvador, de los ángeles, de los Apóstoles y de los demás Santos. Así es como en el mosáico del arco principal de Santa María la Mayor se ha dado el nimbo á Nuestro Señor y á algunos ángeles, y al mismo tiempo á Herodes (véase Ciampini. *Vet. monum.*, I, pág. 200). Lo mismo sucede en el mosáico de San Vital de Rávena, en el que se ha dado esta distinción á Justiniano y á Teodora, su mujer, como á Jesucristo, á los ángeles y á los Santos (ídem, op. II, tab. XXII).

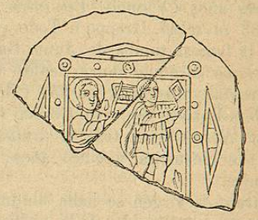
Y no es éste el primer ejemplo, ni con mucho, respecto á los emperadores cristianos. Así la cabeza desnuda de Constantino el Grande está ya rodeada del nimbo en dos sueldos de oro de este Príncipe. Uno lleva en el reverso esta leyenda: VICTORIOSO. SEMPER (Mionnet, t. II, pág. 227), y el otro; GAVDIVM. ROMANORVM (Morelli. *Specin. univ. rei num.*—Cf. Sabatier, *Médailles byzantines*, I, pág. 32). El gabinete de París posee un bello medallón de oro de Fausta, segunda mujer de este Emperador, en que están figuradas dos mujeres de pie sosteniendo el nimbo encima de la cabeza de la Emperatriz, que está sentada (ibíd.).

Se veían en otro tiempo, en la puerta principal de San Germán de los Prados, las estatuas de algunos reyes de las primeras razas, adornadas con el nimbo, así como la del mismo San Germán (Ruinart. *Not. in Greg. Turon.*—Mabillon. *Annat. Benedict.*, an. 557, t. I, página 169); y esto pudo tener lugar, no sólo porque el nimbo ó diadema había llegado á ser uno de los atributos de la dignidad real, sino también porque los emperadores de Constantinopla habían transmitido á estos monarcas los ornamentos y prerrogativas de los antiguos soberanos, y especialmente los del consulado (Greg. Turon. *Hist. Franc.*, l. II, c. 38), como lo testifica la estatua de Clovis, que en San Germán de los Prados lleva el cetro coronado por el águila. Esta promiscuidad se hacía notar también en la Biblia griega manuscrita del Vaticano, en el menologio de Basilio, y respecto á los tiempos posteriores, en *Las familias bizantinas* de Du-Cange.

Aunque en su origen el nimbo no representa otra cosa que un disco luminoso, conviene observar, no obstante, que los artistas cristianos que le daban distintos colores en las imágenes de los tiranos y de los príncipes paganos, como, por ejemplo, el rojo ó el verde, concedieron siempre una idea de superioridad al nimbo de oro, color que expresa más fielmente la luz, y que, por esta razón, lo reservaron para los Santos y para los emperadores cristianos.

II. Para precisar la época en que el nimbo empezó á ser adoptado en la iconografía cristiana, y el orden en que lo fué para las diferentes clases de imágenes, debemos tomar por base los monumentos más antiguos que nos han quedado, y someterlos, desde este punto de vista, á un atento examen.

Los vasos de cristal de fondo dorado, cuya mayor parte hacen remontar los anticuarios á la mitad del siglo III, presentan á Nuestro Señor unas veces con el nimbo (véase Buonarruoti, tav. IX, XV, XVII.—Perret., t. IV, pl. XXI, XXV), otras desprovisto de esta aureola. El fragmento aquí grabado debe ser uno de los monumentos más antiguos donde la cabeza de Cristo lleva dicha aureola. Nuestro Señor está representado allí en el acto de la curación del paralítico (ibíd., IX, 1). Hay



otro en la obra del P. Garrucci (*Vetri.*, tav. VII, 17), representando á Nuestro Señor en medio de las siete cestas de panes. Este género de monumentos rara vez presenta la imagen de la Santa Vírgen; no conocemos más que dos ejemplares, y la representan aureolada (Perret. IV, pl. XXI, I y XVII). El P. Garrucci ha publicado tres ó cuatro nuevos (*Vetri.*, tav. IX), en los que la Madre de Dios aparece sin nimbo.

Vienen en seguida los mosáicos cuya edad nos es casi exactamente conocida, y de los que los principales, que adornan las iglesias de Roma y de Rávena, han sido reproducidos en las dos obras de Ciampini, á las cuales remitimos al lector de una vez para siempre (*Vetera monimenta*, 2 vol. in 4.º—*De sacris ædificiis a Constantino Magno constructis*, 1 vol. in 4.º).

Empezando por los mosáicos de los tímpanos de las puertas de Santa Constanza, que pasan por haber sido ejecutados de orden de Constantino, se ve en ellos al Salvador con el nimbo, y á los Apóstoles sin él. En Santa Agata la Mayor de Rávena (en 400 poco más ó menos), la cabeza de Nuestro Señor está rodeada del nimbo, adornado en el interior de una cruz gemada; dos ángeles tienen el nimbo sencillo. El nimbo crucífero adorna la cabeza de

Jesucristo en el arco de Santa Sabina de Roma (424); los Apóstoles están desprovistos de él, así como las figuras emblemáticas de los cuatro Evangelistas y otros personajes que son probablemente los primeros Papas. En Santa María la Mayor (433) no llevan el nimbo más que Jesús y los ángeles. En San Nazario y San Celso de Rávena (440), sucede lo mismo. El arco triunfal de San Pablo (441) tiene al Redentor con el nimbo radiado. San Pedro y San Pablo, así como los animales simbólicos de los cuatro Evangelistas, con el nimbo cerrado. En la capilla del bautisterio de San Juan de Letrán (462), el nimbo adorna la cabeza del Cordero de Dios, las de los cuatro Evangelistas, así como también las de sus animales simbólicos. El monograma de San Andrés *in Barbara*, que es del año 463 y no del 643, como habíamos dicho, según una falsa indicación de Ciampini, presenta á los Apóstoles sin diadema; sólo Nuestro Señor la lleva adornada de la cruz. En el mosáico de Santa Agata de Roma (472), destruído en 1592, el Redentor aparecía con el nimbo, y los Apóstoles no lo tenían. En los de los Santos Cosme y Damián (530), el Cordero místico no tiene la diadema, los ángeles sí; en la tribuna de la misma iglesia se da á Nuestro Señor, al cordero, á San Pedro, á San Pablo, y no á los Santos Cosme y Damián; el arco que se ve á la izquierda presenta á Cristo con el nimbo crucífero, los ángeles con el nimbo cerrado, y los dos mártires sin aureola. En la iglesia de San Vital de Rávena, cuyos mosáicos son del año 547, el Salvador está aureolado, así como el Cordero místico, los ángeles, los Apóstoles, los Evangelistas y otros varios Santos.

Más tarde, el nimbo que rodea la cabeza de Jesucristo se halla adornado algunas veces, en el vacío, con el monograma, que tiene á los lados el A y la ω. Tenemos un ejemplo de esto en el mosáico de San Aquilino, en Milán (Allegranza. *Sacri. monum. antichi di Milano*, tav. I), cuya reproducción damos aquí.

Lo que tenemos que citar como más antiguo, después de estas obras en mosáico, es un díptico de marfil del V ó del VI siglo, perteneciente á la catedral de Milán (véase Bugati. *Memorie di S. Celso*, in fin).

Nuestro Señor está representado allí con el nimbo, en diversas circunstancias de su vida. El mismo adorno se da también en él al Cordero divino y á los emblemas de los Evangelistas. Algunos frescos de las catacumbas ofrecen cabezas aureoladas (Bottari, tav. CLV, y CLXVI), pero su estilo denuncia una época demasiado moderna para que puedan figurar aquí.

III. Del estudio que precede, resulta claramente que las imágenes del Salvador son las primeras á las que concedieron los artistas cristianos los honores del nimbo; las de los ángeles vinieron en segundo término, en seguida las de los Evangelistas y de sus animales simbólicos, después las de los Apóstoles, y por último las de los demás Santos. Pero ¿en qué época se adoptó esta costumbre para cada una de esas clases de representaciones? Tenemos, respecto á las imágenes de Nuestro Señor, ejemplos muy anteriores á Constantino: los facilitan esos vasos dorados que hemos mencionado más arriba. Se hizo más común en tiempos de este Emperador, y se conservó perfectamente como regla después de él.

Respecto á los ángeles, la costumbre de pintarlos con el nimbo se introdujo hacia los comienzos del siglo V, pero no hay pruebas de que se hiciera general antes del final del VI, siendo San Isidoro de Sevilla el primero que habla de dicha costumbre. Desde entonces, para distinguir las imágenes del Redentor de las de los ángeles, se trazó una cruz, y algunas veces el monograma en el hueco de su diadema, y este signo distintivo se le ha reservado constantemente después: *Christi corona per crucis figuram a Sanctorum coronis distinguitur*, «la corona de Cristo se distingue de las de los Santos por la figura de la cruz» (Durand. *Rat. divin. offic.*, l. I, *cap.* 3, n. 20).

En cuanto á las imágenes de los Evangelistas, de los Apóstoles y de los Santos en general, no es difícil encontrarlas con aureola desde la misma época; y tenemos de ello ejemplos en algunos fondos de copa que representan Santos, entre otros Santa Inés y San Hipólito (Boldetti, pág. 193, tav. III, n. 3, pág. 201, tav. VI, n. 19). Pero es lo cierto que la costumbre no se universalizó hasta fines del siglo V; esto es lo que autorizan á deducir no sólo el mosáico de San Andrés *in Bárbara* ejecutado hacia el año 463, sino el silencio de San Isidoro.

No debemos omitir aquí un hecho muy curioso: tal es el de que el nimbo se ha dado algunas veces á ciertos pájaros simbólicos, á la paloma, por ejemplo, que desde muy antiguo ha sido considerada como símbolo del Espíritu Santo. Vemos una paloma aureolada de este modo en el dosel de una cátedra episcopal muy antigua de las catacumbas (Bosio, pág. 327.—Véase el monumento en nuestro artículo *Espíritu Santo*), donde, sin duda, expresa la inspiración dada por el Espíritu de la luz al predicador de la palabra divina. Uno de los más antiguos vasos de la colección de Buonarruoti (tav. VI, 1), tiene sobre una palmera un fénix

cuya cabeza está aureolada, y sabemos que este pájaro fabuloso había sido adoptado por los primeros cristianos como símbolo de la resurrección y de la inmortalidad (véase el artículo *Fénix*).

IV. ¿Qué fin se propusieron los artistas cristianos al adornar con el nimbo las santas imágenes? Fué principalmente, respecto al Redentor, el de recordar su soberanía, expresar el esplendor de su divinidad y de su gloria, y quizás también aludir á su glorioso título de sol de justicia. Honorio de Autun, en el pasaje que hemos citado al principio, afirma que se puso el nimbo en la cabeza de los ángeles y de los Santos para indicar la gloria celeste que disfrutan. Añade que el nimbo tiene la forma de un escudo redondo, para manifestar la protección divina, que defiende á la manera de un escudo á los bienaventurados.

Pero como los Padres (Greg. Nazianz. *Orát.* XL) distinguen tres especies de luces, de las cuales la primera, la única verdaderamente sustancial, es Dios, la segunda los ángeles y la tercera los hombres, y particularmente aquellos que por sus virtudes se aproximan más á Dios, se cree que, con este disco luminoso, los artistas cristianos han querido dar una idea de esta luz, comunicada á los ángeles y á los hombres por Dios mismo, fuente de la luz eterna. Todavía podría decirse, por lo que concierne á los Santos, que los justos llevan á Jesucristo en su alma, según la expresión de San Pablo: *Vivit in me Christus*, lo que les ha hecho dar por San Ignacio los nombres de Θεοφόροι, *Deiferi;* ναοφόροι, *templiferi;* Χριστοφόροι, *Christiferi;* debiendo entenderse que la diadema que se les ha concedido es la misma de Jesucristo, cuyo esplendor se refleja sobre ellos. A esta idea alude probablemente un fragmento de cristal (Aringhi, II, 265) en el que se ve á San Lorenzo con el monograma de Cristo detrás de su cabeza á guisa de nimbo.

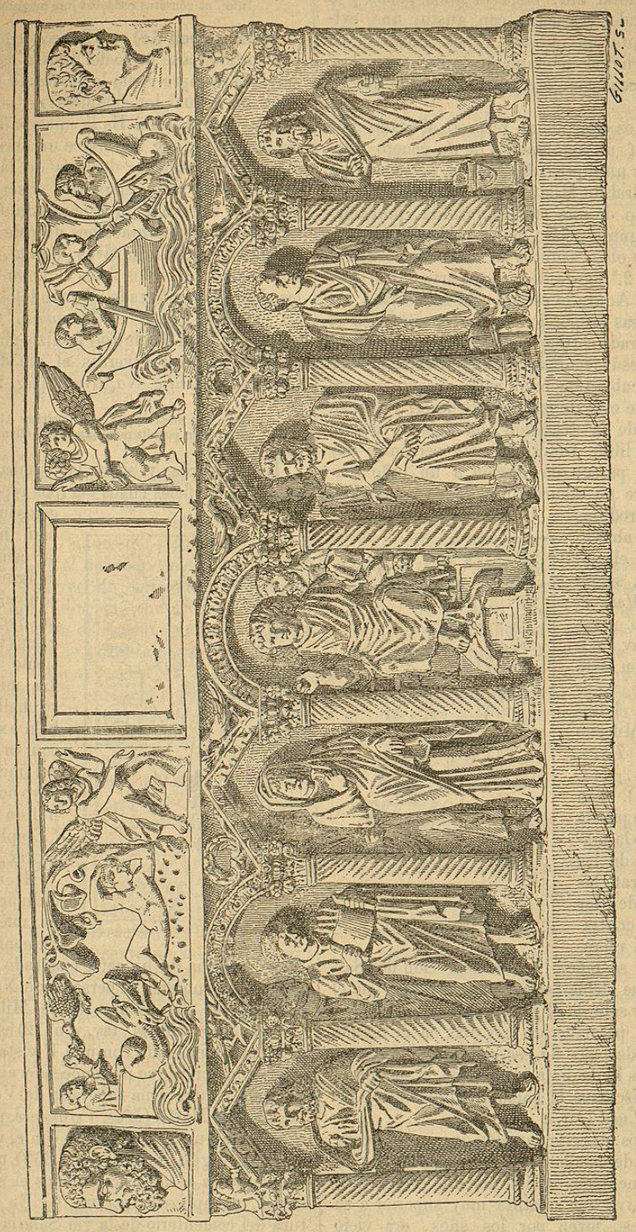
Todavía podría decirse mucho más sobre el nimbo y sobre las diversas formas que se le han dado, pero esto sería entrar en los dominios de la Edad Media. Una de estas formas, no obstante, debe indicarse aquí, porque se remonta probablemente al siglo VI. Es la forma cuadrangular que se atribuye á los personajes vivos. Las imágenes más antiguas de San Gregorio el Grande están adornadas con dicha forma. En el mosáico de la galería exterior del *triclinium* de San Juan de Letrán, mosáico ejecutado en tiempo de Carlomagno, se ve á este Emperador con el nimbo cuadrangular; lo mismo sucede al Papa León III, su contemporáneo, mientras que San Pedro, disfrutando ya de la gloria celeste, lleva el nimbo circular. El Príncipe de los Apóstoles, sentado sobre un elevado trono, envía al Pontífice el *pallium* y al Emperador un estandarte. El mismo contraste se observa en una miniatura de un manuscrito muy antiguo de Monte Casino, donde el abad Juan, por cuyas órdenes había sido copiado el código, tiene detrás de la cabeza el nimbo cuadrado, mientras que San Benito, sen-

tado en la silla abacial, así como un ángel que se halla de pie detrás de él, están adornados con la diadema circular.

NIÑO (El) JESÚS en medio de los doctores.—Este asunto se halla representado en un bello fresco que decora el fondo de un *arcosolium* del cementerio de Calixto (Bottari, tav. LXXIV). Nuestro Señor está sentado en un sillón elegante; extiende la mano derecha en señal de alocución, y tiene en la mano izquierda un volumen á medio enrollar. Los doctores están colocados á su alrededor, cinco á un lado y tres al otro; sus rostros expresan un vivo sentimiento de sorpresa y de admiración. Todos estos personajes son vistos de medio cuerpo, porque, á consecuencia de la piedad indiscreta de algún cristiano distinguido que quería tener su sepultura en este lugar venerado, fué rota esta sagrada sepultura para abrir allí el *loculus* (véase el artículo y el grabado del artículo *Ad Sanctos*). Los anticuarios han interpretado en el mismo sentido cierto número de bajos relieves de sarcófagos. Pero respecto á los monumentos de esta clase, la interpretación nos parece casi siempre dudosa y á menudo evidentemente errónea. Uno solo, á nuestro juicio, nos da el asunto de una manera indudable.

Es el que reproducimos á continuación, según una fotografía que M. De'Rossi ha tenido la galantería de facilitarnos. Este sarcófago, que se conserva en San Francisco de Perugia, había sido ya publicado por Bottari (*Rom. sott.*, t. II, pág. 1) y por Vermiglioli (*Iscr. Perug.*, 1.ª edit., t. II, pág. 488), pero de una manera muy defectuosa. A M. De'Rossi

es á quien debemos el conocer exactamente este monumento, que es uno de los mejores y de los más antiguos sarcófagos del siglo IV. En efecto, dice el ilustre arqueólogo (*Bulletin*



d'arch. chrèt., édit. française, 1871, pág. 130), que considerando bien las figuras de los doctores agrupados en los pórticos del templo á ambos lados del niño Jesús, que enseña, y la